

bre sus piernas, que se habian vuelto firmes, siendo la curacion tan completa, que pudo hacer á pié una parte del camino desde Annecy á Mienssy.

Mas célebre aún que todo lo que hemos dicho, fué la resurreccion de Francisca de la Pesse, hija de Francisco de la Pesse, señor de Viallon, consejero del Duque de Saboya.

Esta niña, de edad de nueve años, impulsada por el deseo de ir á cojer flores á las orillas del rio de Thioux, que bañaba el jardin, donde jugaba sola, se había adelantado imprudentemente sobre una tabla mal segura destinada á servir como de puente. A la mitad del rio, engrosado por las nieves, se inclinó para recoger un guante caido á sus pies, perdió el equilibrio y se ahogó. Su madre al oír esta noticia recomienda á su hija al santo Obispo de Ginebra, y le ofrece un corazon de oro si llega á recobrarla. Despues de muchas pesquisas por todo el rio, se llegó á descubrir en el fondo del agua su cadáver tendido en tierra, con el rostro descubierto y las piernas enredadas en las hierbas que habia en el fondo del rio. Sacada de allí por un hábil nadador despues de varias tentativas sin resultado, y de haber permanecido mas de dos horas en un agua helada, los médicos testificaron, hechas varias esperiencias, que no habia en ella ningun rastro de vida, y que estaba verdaderamente muerta. A pesar de esta decision, la piadosa madre no perdió su confianza, y puesta de rodillas oró con toda su alma, repitiendo esta esclamacion llena de fe: «¡Bienaventurado Francisco de Sales, vuélveme mi hija!»

Mientras que oraba así, tres señoras amigas suyas entraron en el cuarto donde estaba el cuerpo de la difunta para volverlo á ver antes de enterrarlo, y con gran sorpresa suya vieron que de repente la niña abre los ojos, junta las manos, se sienta en su cama, y muy admirada de oír á todos gritar «¡milagro!» pide sus vestidos para levantarse, diciendo que habia dormido muy bien. La Madre, informada del prodigio, corre, cae de rodillas, renueva su

voto de ofrecer un corazon de oro al sepulcro del santo Obispo, y al punto las heridas de su rostro, hasta entonces todo hinchado y lívido, desaparecen; la niña recobra su primera hermosura con una frescura de vida y de salud perfecta, que se conservaron tan bien que vivió muchos años, y entró en la orden de la Visitacion, donde fue un modelo de piedad.

Además de los cinco milagros que acabamos de referir, la comision averiguó otros dos del mismo género, á saber, la curacion repentina de dos hombres paralíticos de nacimiento, cuyos detalles llamamos, para no aumentar nuestra obra con la relacion de hechos que no añadirían nada á la edificacion de los lectores.

CAPITULO XXI.

Canonizacion de Francisco de Sales.

Despues de la muerte del Obispo de Ginebra, la Madre Chantal, mejor informada que nadie de la santidad del siervo de Dios, testigo además de los milagros innumerables que se obraban todos los dias en su sepulcro, emprendió provocar informaciones jurídicas sobre la vida y milagros del bienaventurado Juan Francisco de Sales; cediendo facilmente á su ruego comisionó á D. Justo Guerin para este grave negocio, y el 22 de mayo de 1624, este, feliz con una comision que tanto agradaba á su corazon, empezó, auxiliado por varios colaboradores, á proceder á las informaciones, trasladándose con un celo infatigable á todos los lugares que habian sido el teatro de las virtudes y milagros del santo Obispo. Esta averiguacion hizo patentes tantos prodigios de santidad, que se creyó deber dirigirse al Sumo Pontífice para obtener el nombramiento de comisarios apostólicos, que se encargaran de averiguar los milagros. La Madre Chantal, para ilustrar mejor á la Santa Sede sobre la santidad del siervo de Dios, compro-

metió al P. la Riviere, religioso de la orden de los Menores, á escribir su vida, y decidió á D. Justo Guerin á hacer el viaje á Roma para abogar por la causa que tanto le interesaba. Este, despues de haber permanecido en Roma todo el año 1626 para activar el negocio, obtuvo por fin, de la Santa Sede, la introduccion de la causa, y el nombramiento de tres comisarios apostólicos para hacer el informe oficial.

Fueron estos el Arzobispo de Bourges, el Obispo de Belley y Jorge Namus, doctor de Lovaina. Estos comisarios dieron principio á sus trabajos en Annecy en 1627, oyendo á mas de cinco mil testigos, tanto sobre las virtudes como sobre los innumerables milagros del hombre de Dios. El 4 de agosto de 1632, despues de haberse recogido todas estas declaraciones, procedieron á la apertura del sepulcro, y encontraron el cuerpo sin lesion ni alteracion alguna, con los vestidos intactos, y solamente manchados de un color amarillento por efecto de la humedad del sitio.

En 1634, D. Justo Guerin volvió á Roma en compañía de D. Mauricio, para llevar todas las piezas del proceso y apresurar su exámen. Habiendo urdido los Jansenistas varias intrigas para poner obstáculo á la beatificación, consideró inútiles todos sus esfuerzos por el momento, y volvió á partir el 17 de mayo de 1636, despues de haber depositado las piezas del proceso en los archivos del Vaticano.

Habiendo hecho concebir esperanzas el advenimiento de Inocencio X al solio pontificio, ocurrido en 1644, de continuar la causa, se envió en 1647 un nuevo procurador que obtuvo la reunion de dos congregaciones, la preparatoria y la general, quedando todo detenido sin embargo hasta la muerte de este Papa, ocurrida en 1655. Entonces subió al trono pontificio, bajo el nombre de Alejandro VII, el Cardenal Chigi, el cual, cuando era todavía jóven, habia consultado á Francisco de Sales sobre su entrada en el estado eclesiástico. Este piadoso Obispo, des-

pues de haber dicho Misa para obtener las luces del cielo, le habia asegurado que Dios lo llamaba á este estado, y que si era fiel en no buscar las dignidades, poseeria las mas considerables de la Iglesia. «Yo, Monseñor de Sales, »dijo el jóven Chigi, os aseguro que si soy Papa os canonizaré.» (1) En efecto, Alejandro VII dió orden para que se trabajara en la causa del santo Obispo y que se procediera con el mayor rigor, para que todo el mundo supiera bien que esta canonizacion era una obra no de favor, sino de rigorosa justicia. El 26 de abril de 1655 se dieron tres decretos, y ya se creia tocar pronto al término, cuando se reconoció un vicio esencial de formas, que obligó á empezar de nuevo todo el proceso con nuevos gastos. Tal fue el término de la segunda prosecucion del proceso.

La tercera, que terminó con la beatificación del siervo de Dios, empezó el mes de enero de 1656. Los Obispos del Puy, de Belley y de Maurienne, designados como comisarios apostólicos, fueron á Annecy para emprender las informaciones sobre los milagros y virtudes del santo Obispo, abrieron de nuevo su sepulcro, y no encontraron ya las carnes intactas; pero en cambio exhalaban suaves olores que los médicos declararon no podian menos de ser sobrenaturales, y que estendiéndose por todas partes, penetraron á los asistentes de un alto respeto y de la mas tierna devocion. Mientras que en Roma, igualmente que en Annecy, se trabajaba con ardor en la prosecucion del proceso, que tan vivamente interesaba á todos los corazones, un desgraciado, para dilatar el negocio, arrojó en el consistorio un billete infamatorio, diciendo que el santo

(1) Esta anécdota, referida por Cotolandi y algunos otros historiadores, ha sido rechazada como cosa imposible, porque dicen, que el Cardenal Chigi nació en Sena en 1598, y por consiguiente tenia á lo mas dos meses cuando el último viaje de Francisco de Sales á Roma. A esta objecion se puede contestar que, si la entrevista entre el jóven Chigi y San Francisco de Sales no hubiese podido tener lugar en Roma, pudo tener lugar en Milan en 1613, ó en Turin en 1622, durante el último viaje que el santo hizo á estas dos ciudades. El jóven Chigi tenia catorce años cuando el santo fué á Milan, y veintitres cuando fue á Turin. En ambas épocas pudo encontrar al santo Obispo y consultarle.

Obispo no estaba bautizado. Se sabía que la imputacion era falsa, pero no podia probarse, porque los registros de la parroquia de Thorens habian sido quemados con la iglesia. Felizmente Dios hizo que se encontraran dos pruebas: la primera en un papel hallado en los archivos del castillo de Sales; la segunda en el testimonio de un aldeano de Thorens, que atestiguó con juramento haber oído muchas veces decir á su padre, que habia tenido el honor de tocar las campanas en el bautizo del Señor de Sales.

La peste que ocurrió en este tiempo retardó la marcha del proceso, y finalmente en 1658, todos los testimonios y piezas de informacion hechas en Annecy fueron enviadas á Roma en 1659, el proceso fue declarado válido y en buena forma, y se concedió dispensa por el Papa, de trece años que restaban para completar los cincuenta que trascurren de costumbre entre la muerte y el decreto de beatificacion. El 28 de diciembre de 1661 fue anunciada esta por un breve Pontificio, y celebrada con pompa once dias despues. El 2 de octubre de 1662, Alejandro VII recogió en consistorio los votos de los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos para la canonizacion; y por último el 19 de abril de 1665, despues de nuevas averiguaciones y discusiones, el bienaventurado Francisco de Sales, fue solemnemente canonizado por el breve de Alejandro VII, cuya traduccion damos á continuacion.

ALEJANDRO VII, OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

Que esto sea para perpétua memoria.

«Aunque la Iglesia católica, semejante á una ciudad fuerte defendida con murallas invencibles y por valientes guerreros, no teme los insultos de las potestades infernales, está no obstante principalmente sostenida, despues de los méritos del Redentor, por el socorro que le presta continuamente la santidad de los siervos de Dios. Porque siendo el hombre naturalmente mas dócil á la voz del ejemplo que á la del precepto, no es facil decir los mara-

villosos frutos de salvacion que produce en la Iglesia el buen olor de sus virtudes. Por esto Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos ha mostrado de una manera inefable el camino de la salvacion, no solo con su doctrina sino tambien con sus acciones, haciendo servir á este fin la alianza maravillosa de su doble naturaleza en una sola persona. Si tenia una doctrina que enseñar: *Mi doctrina*, decia, *no es mia, sino de mi Padre que me ha enviado*. Si proponia alguna cosa para practicarla: *Os he dado el ejemplo*, decia, *para que obreis del mismo modo que he obrado con vosotros*. Por lo cual muchos predecesores, dirigidos por el Espíritu Santo, han introducido en la Iglesia la loable costumbre de colocar la santidad en un lugar eminente, para que no sea como una lámpara oculta bajo el celemin, sino que, semejante á una antorcha colocada sobre el candelero, arroje un vivo brillo ante los hombres, y les represente la luz augusta que ha dicho, hablando de sí mismo: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas*. Han querido que la santidad brille á los ojos de los hombres, con el fin de atraerlos de la veneracion á la imitacion, y de dirigirlos y conducirlos por un camino trillado, á las inmortales delicias de la celestial y triunfante Jerusalén. Sí; diga lo que quiera la impiedad, tan contrario sería á las reglas del bien parecer como de la justicia, no rendir despues de su muerte un culto religioso á hombres que, por la santidad de su vida y la predicacion del Evangelio, lo han merecido bien de la república cristiana.

»Por estas causas, y conforme á la antigua costumbre de los Soberanos Pontífices, despues de haber invocado al Señor y haber consultado con nuestros venerables hermanos, Nos, por la inspiracion divina, hemos decretado poner en el número de los nombres que la Iglesia católica reverencia el de Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, célebre por su doctrina, admirable por su santidad, y que en nuestros dias ha sido el apoyo de la Iglesia y un antidoto contra el veneno de las herejías.

I. »Francisco nació el 21 del mes de agosto del año de gracia 1567, en el castillo de Sales, en el ducado de Saboya, diócesis de Ginebra; fué regenerado en el mismo lugar sobre las fuentes bautismales. La piedad, que no era menos hereditaria en su casa que la nobleza de la sangre, le fue inspirada desde la cuna. En su infancia no se le vió correr tras las frivolidades con que se divierte esta edad, sino que impulsado por el espíritu de piedad, y como prelude de la santidad angélica que debía brillar en él, pasaba una parte de su tiempo entretenido con los altarcitos que él mismo había levantado y adornado. Su caridad le hacia tan sensible á la miseria de los pobres, que si no tenia con que aliviarlos, se deshacia en lágrimas.

II. »A medida que crecía en edad, se veían crecer en él la piedad y la sabiduría. Compartía su tiempo entre el estudio y la oracion; no frecuentaba las plazas públicas, sino que su gusto era visitar los templos del Señor. Huía las malas compañías, y no trataba con otras personas sino con aquellas de quienes pudiera recibir ó á quienes pudiera comunicar semillas de virtudes.

III. »Después de haber sido fortalecido con el sacramento de la confirmacion, se dedicó á hacer aún mayor provision de virtud y doctrina, con el fin de servir mejor de instrumento á las miras que la gracia de Dios pudiera tener sobre él. Habiendo recibido del cielo un alma buena, la hizo mejor aplicándose mas y mas á cultivar su inteligencia con el estudio de las letras, y á santificar su cuerpo con la práctica de las virtudes.

IV. »Después de haber estudiado las bellas letras en el colegio de Annecy, aprendió la filosofía y la teología en la Universidad de París, donde hizo al mismo tiempo admirables progresos en la virtud y la santidad; porque frecuentaba la congregacion establecida en honor de la Madre de Dios en el colegio de la Compañía de Jesus. Allí, cada ocho dias, alimentaba su alma con el pan eucarístico, seguía con fervor todos los ejercicios de piedad, sobre todo los que tenían por objeto el culto de la Santísima Virgen,

á la que tenía tan gran devocion, que hizo voto de perpetua castidad al pié de su imagen, que se venera en la iglesia de San Estéban *des Grés*.

V. »Fortalecido con este voto como con un remedio saludable, fué á Padua á tomar lecciones de jurisprudencia. Allí tuvo ocasion de experimentar mas de una vez los felices efectos de su voto, triunfando de los artificios de algunos condiscípulos que habían llevado el descaro hasta intentar corromper su virtud con los encantos de algunas mujeres impúdicas. Opuso á estas desgraciadas una resistencia invencible, y las puso en fuga escupiéndolas en el rostro.

VI. »Terminado el curso de sus estudios, se dirigió á Roma para considerar allí los restos de la piedad primitiva, que quería reproducir en su conducta. Allí fué donde su fe y su religion encontraron un teatro digno de ellas, y donde atrajo del cielo una abundancia maravillosa de las gracias del Espíritu Santo, para elevar el edificio de santidad empezado desde su infancia, y conservado y aumentado con el fuego de la juventud.

VII. »Por eso Francisco, vencedor del mundo y de sí mismo, volvió á su patria para recojer en ella los frutos de los conocimientos que había adquirido en sus estudios. Sus esperanzas y las de sus compatriotas no salieron vanas, y el Obispo Granier, que gobernaba entonces la diócesis de Ginebra, tuvo, al verle, un presentimiento de la abundante cosecha que su llegada prometia á esta iglesia; y trasportado de gozo; exclamó, por un espíritu profético, que tenía en él un sucesor.

VIII. »Un ancho y vasto campo se abrió entonces al celo de Francisco, para trabajar como deseaba en la salvacion de las almas; porque aunque por obedecer á su padre hubiera aceptado el cargo de abogado general, renunció á la toga de senador, así que conoció que querían hacerle tomar otro estado, al que había renunciado con su voto; entró en el sacerdocio, después de haber pasado sucesivamente por todos los grados de las sagradas órdenes,

y fué elevado á la dignidad de prepósito de la iglesia mayor de Annecy. Conforme con la máxima que tenia constantemente en la boca y en el corazon, de que: *Lo que no es para la eternidad no es mas que vanidad*, consagró todos sus cuidados á recordar á los hombres el pensamiento de la eternidad. Estableció con este fin la cofradía de los Penitentes de la Santa Cruz, atrajo al seno de la Iglesia gran número de herejes, y armado de la espada de la palabra de Dios, atacó por orden del Obispo la herejía de Calvino, que reinaba en el Chablais y en los países circunvecinos.

IX. »Es imposible espresar con cuánto ardor, constancia, alegría, firme confianza en Dios é inalterable caridad con el prójimo, ha combatido la herejía y sometido estos pueblos al yugo de la verdadera fe.

X. »Se cuenta, que dirigiendo sus miradas desde lo alto de la fortaleza de los Allinges por las vastas campiñas de los alrededores, y contemplando los deplorables estragos que la religion católica habia sufrido allí por parte de la herejía, el ardor de su celo se inflamó hasta el punto de exhalar profundos suspiros, y no pudo tener reposo hasta que se dirigió á Thonon, capital de la provincia. Allí, habiendo enarbolado la bandera de la verdad, y haciéndose todo para todos, logró, á fuerza de instrucciones y de paciencia, levantar á la religion abatida, y echar por tierra, como otro David, á la impiedad dominante.

XI. »Pero lo que hubo en él mas admirable es que, siempre infatigable, no desesperó en ningun tiempo ni en ningun lugar de los negocios de la religion, y que jamás le espantaron los obstáculos, encontrando cuando no podia vencerlos el arte de evitarlos ó de eludirlos. No teniendo la libertad de decir la santa Misa en Thonon, iba todos los dias al castillo de los Allinges, á cuatro millas de distancia, para celebrar allí el santo Sacrificio; y por la misma razon atravesaba diariamente el rio Drance, arrastrándose con los piés y las manos sobre una tabla cubierta de hielo.

XII. »Calumniado, tratado por todas partes de pertur-

bador del reposo público, de seductor de los pueblos y de insigne mágico, ni el temor de la infamia, ni las emboscadas que le tendian, ni los peligros de la muerte á que estuvo espuesto, pudieron hacerle abandonar en manera alguna el restablecimiento de la fe católica, que habia emprendido.

XIII. »Jamás tomó consejo de la prudencia mundana ni del respeto humano; sino que, acordándose del consejo del Evangelio, cuando no podia manifestarse claramente y dar testimonio público de la fe, se retiraba y parecia desaparecer algunos instantes, para volver á aparecer despues de un poco de silencio, y levantarse con mas fuerza que nunca contra la herejía. Contenia por algun tiempo el ardor de su celo retirándose á los hornos, á viejas ruinas, entre el horror de sombrías selvas ó de profundos hielos; allí se refugiaba como en la tienda del Señor, para escapar mas facilmente á las emboscadas de los herejes, ocultándose á sus miradas.

XIV. »Volviendo de nuevo al combate con una magnanimidad sublime, en vano tenia pruebas manifiestas de que atentaban á su vida, pues se reia de ellas, y no aceptaba los soldados que querian darle para defenderle; y habiéndole rogado el Baron de Hermance, gobernador del castillo de los Allinges, que no saliera de él sin escolta, contestó que no necesitaba mas que la de los santos Angeles que le habia dado la Providencia.

XV. »Y como el mismo comandante sostenia que los herejes debian ser vencidos por la fuerza, y le mostrara las piezas de artillería y la guarnicion de la plaza, ofreciéndole ponerlas á su disposicion para reprimir á los herejes ó atraerlos á mejores sentimientos, Francisco hizo ver bien el grande aprecio que tenia de la divina palabra, contestando que no se necesitaban aquellas máquinas donde Dios permitia que se pudiera anunciar su palabra.

XVI. »No permitió Dios que una confianza tan admirable quedara confundida, porque habiéndole encontrado unos asesinos que fueron enviados para matarle, y ha-

biéndose arrojado sobre él espada en mano, su sola presencia y su dulzura los desarmó. Tan cierto es que Dios no abandona nunca á los defensores de la fe que ponen toda su confianza en la divina Providencia.

XVII. »Por lo cual el siervo de Dios, seguro de la protección celestial por innumerables esperiencias, quiso mejor defender los intereses de la religion que ejecutar las órdenes de su padre, que le mandaba pusiera en seguridad su vida, espuesta á continuas emboscadas, y volver á su casa, donde podria entregarse al servicio de Dios con seguridad y reposo.

XVIII. »Por el contrario, se aplicó á la defensa de la Iglesia con mas celo y cuidado que nunca; y como habian puesto obstáculos á que trabajase en la conversion de los herejes por el ministerio de la predicacion, se puso á instruirlos por escrito, y compuso varios tratados de controversia, en los que atacaba á la herejía hasta en sus últimas trincheras. Trabajó tanto, que logró erigir una parroquia en Thonon; y poco despues atrajo á la luz de la verdad á muchos hombres notables por su ciencia, cuya autoridad servia de grande apoyo á la mentira, y cuya conversion contribuyó mucho á la propagacion de la fe católica en aquellos paises.

XIX. »En medio de estos felices resultados se mantuvo siempre en los límites de una sábia prudencia, temiendo que si se conducia con demasiada libertad destruyera la obra de Dios. Por esto, al desempeñar en Thonon las funciones de cura, y llevar el santo Viático á los fieles gravemente enfermos, no lo hacia públicamente, para prevenir las irreverencias que los herejes hubieran podido cometer contra este adorable sacramento, sino que llevaba la sagrada hostia en una caja de plata suspendida de su cuello, caminando con un paso grave, un aire venerable, el sombrero puesto, envuelto en su capa, y sin saludar á nadie en el camino.

XX. »El ruido de su habilidad en atraer á los herejes decidió á Clemente VIII, nuestro predecesor, de feliz me-

moria, á ordenarle emprendiera la conversion del ministro Teodoro de Beza, el defensor mas celoso del calvinismo, y conferenciase solo con él, con la esperanza de que la vuelta de esta oveja al redil de Jesucristo serviria para conducir á él á otras muchas; cuya comision desempeñó Francisco admirablemente. Fué á Ginebra con peligro de su vida, y tuvo varias conferencias con Beza, mostrándole tan claramente la verdad, que le obligó á reconocer sus errores. Pero por un secreto juicio de Dios, no pudo decirle á volver al seno de la Iglesia, gracia inefable de que sus pecados le habian hecho indigno.

XXI. »Por este tiempo un cruel contagio que infestó á Thonon y los paises inmediatos, cada dia arrebatava un número prodigioso de personas. Francisco de Sales proveyó á las necesidades corporales con su caridad y á las espirituales con sus instrucciones, con tanta bondad, perseverancia é industria, que se hizo universalmente amar y admirar. No se podia comprender cómo podia atender á tantas necesidades, sobre todo habiendo rehusado las sumas de dinero que le habian sido ofrecidas por varias personas, y en particular por el Obispo Granier.

XXII. »Por esto el Obispo, impulsado por tantas señales de inequívoca santidad, quiso tenerle por coadjutor de su solicitud pastoral. Le envió á Roma con negocios concernientes á la fe católica, y rogó á nuestro predecesor Clemente VIII le honrara con esta dignidad. El Soberano Pontífice tuvo un placer en acceder á esta súplica; le hizo sufrir, segun costumbre, un exámen, en el que Francisco dió tales pruebas de su doctrina, que habiéndose postrado á los pies del Santo Padre, este le hizo levantar, le abrazó, y le dirigió estas palabras: *Bebe, hijo mio, del agua de tu cisterna y de la fuente viva de tu pozo; que tus aguas corran por todas partes, y que se hagan fuentes públicas, donde todo el mundo pueda apagar su sed.*

XXIII. »Elevado á esta nueva dignidad, que daba un aumento de autoridad á su celo, se entregó enteramente al cuidado de estender la religion católica y de disminuir